



Manuel Longares
Los ingenuos



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

MANUEL LONGARES

Los ingenuos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

I

En la interminable posguerra española, un grupo de aragoneses residentes en Madrid se reunía los sábados por la tarde en el Café Mañico de la calle Infantas, donde el dueño, Regino el Bravo, animaba la tertulia con las jotas que oyó cantar a Miguel Fleta en la plaza del Pilar de Zaragoza una mañana de Moncayo recio.

—Ninguna tan verdadera / en las jotas de Aragón / como la que canto yo / llamada La Fematera.

Desde la provincia bañada por el Ebro, muchos de los que pasaron de niños por el manto de la Pilarica y recitaron en la escuela las hazañas de Agustina de Aragón, emigraron a Madrid al cumplir la mayoría de edad, cargados de alimentos de la tierra y con un viático para los primeros gastos. La bendición del confesor, el abrazo paterno y las oraciones de abuelas, madres, hermanas, primas y novias respaldaban su propósito de establecerse como oficinistas, funcionarios o dependientes de comercio en la capital de aquella República de trabajadores de todas clases que, con gran satisfacción popular, había sustituido a

la monarquía borbónica en los años treinta del pasado siglo.

Se desplazaban en tandas de tres o cuatro conocidos –del barrio, de la mili, de Acción Católica o de los prostíbulos–, que quedaron desconectados de sus familias cuando la guerra civil de 1936 seccionó el territorio español en dos bandos: quienes poseían empleo, aunque fuera en zona hostil a sus ideas, intentaron mantenerlo; quienes lo buscaban, resultaron atrapados en la ratonera de Madrid, de la que era imposible salir –y tampoco entrar–; y quienes desde Zaragoza se disponían a seguir sus pasos –algunos con el billete del transporte en el bolsillo y la fonda madrileña apalabrada–, tuvieron que aguardar al término de la contienda para viajar a su destino en los trenes abarrotados y lentísimos de los Años Triunfales de la victoria franquista.

Los nuevos expedicionarios traían tanta ilusión de prosperar como sus predecesores. Pero nada más desembarcar en la estación de Atocha –con turrón de guirlache y una talla de la Pilarica en la maleta de madera–, surgieron los obstáculos: el hecho de no haber combatido en el frente les restaba posibilidades de enchufarse en los organismos oficiales; y tampoco habían padecido lesiones ni cautiverio en la retaguardia roja para aspirar al asiento que el municipio madrileño reservaba a los caballeros mutilados en metros, autobuses y tranvías.

Estos aragoneses y los que vivían en Madrid antes de la guerra no habían manejado armas ni dela-

taron a nadie ni fueron denunciados durante el trienio bélico, por lo que ninguno alardeaba de héroe ni contaba batallitas en la tertulia del Mañico excepto el fantasmón de Chus Aranda, que se jactaba de haber burlado la resistencia de los milicianos al introducirse con un saco de botes de leche condensada en la asediada capital de la gloria meses antes de que el ejército nacional la reconquistara a sangre y fuego.

—Los rojos juraban que no pasaríamos, ¿verdad? —interpelaba Aranda a los tertulianos Víctor, Manolete y Tomásín—. Pues a los del *No pasarán* me los pasé por el forro.

Ni qué decir tiene que tanto en la sede de la tertulia como fuera de ella, donde los bravucones de camisa azul exigían manifestaciones de patriotismo al transeúnte que sospechaban pasivo o de ideología derrotada, estos aragoneses no se metían en política —por usar la frase del Caudillo que hizo fortuna—; pero declaraban su adhesión a la Cruzada cuando la ocasión lo requería, repitiendo hasta tres veces el apellido del Generalísimo con el brazo derecho en alto y la palma de la mano abierta, para no correr la suerte de aquellos contumaces que, salvados a última hora del fusilamiento en las tapias del cementerio de la Almudena, se pudrían en las mazmorras franquistas por haber preferido otros afectos.

En la paz posterior a aquella guerra, persistía la fragmentación civil:

¿Quieres que te cuente / cómo es nuestra historia? / Para ti la cárcel / para mí la gloria / tú pierdes la vida / y yo la memoria.

Chus Aranda clausuraba la tertulia masculina de los sábados tamborileando en una mesa del Mañico su homenaje a los vencedores:

–Yo por nuestro Caudillo vivo y mato. / Mil años se prolongue su mandato. / Con firme pulso y afilado olfato, / nadie lo hace mejor ni más barato. / ¡Olé por el Caudillo y su aparato!...

Y solapadamente, el dueño del Mañico, Regino el Bravo, en la trastienda del Café o en la intimidad de su casa, se acordaba de los vencidos:

–Si Franco te deja vivo, / comunista subversivo, / morirás en la prisión / con la marca del cautivo: / ciego, manco y maricón.

En aquel Madrid de aluvi3n de la posguerra, donde los j3venes aragoneses consiguieron colocarse en pequeñas empresas, sucursales bancarias y tiendas de vestir o ultramarinos, Chus Aranda era más hábil que sus contertulios del Mañico en los trapicheos –él los llamaba negocios– con los prebostes del Régimen.

–Antes de que cerremos el trato les ofrezco la putica –así explicaba Aranda sus transacciones comerciales a Víctor, Manolete y Tomásín; y tras dibujar en el aire la silueta convencional de una mujer, ponderaba el éxito de la estrategia–: Mano de santo.

Chus Aranda había fundado con sus tres amigos la tertulia de aragoneses que se citaba en la sobremesa de los sábados en el Café Mañico de la calle Infantas. Víctor era vendedor de seguros, Manolete trabajaba en un departamento de patentes y Tomásín, de tramoyista en el teatro Alcázar, lo que aprovechaba Chus Aranda para internarse en los camerinos de las vedettes con el mismo desparpajo que entre los milicianos de la defensa de Madrid.

También formaban parte de la peña el dueño del Mañico, Regino el Bravo, tan aficionado a cantar jotas como pésimo estudiante, al que sus padres legaron el Café en vista de que no aprobaba de profesor mercantil; Gregorio Herrero, que vivía enfrente y sólo tenía que cruzar la calle para presentarse en la tertulia; y el menos asiduo, Nazario Cárdenas, un maestro nacional que, víctima de la depuración franquista, ingresó en la farándula y representaba por provincias a los clásicos españoles del siglo de Oro.

Víctor, Manolete y Tomásín informaron por carta a sus padres de sus avatares profesionales y también de su ruptura con aquellas chicas abrumadoramente llamadas Pilar con las que les emparejaron las familias respectivas en su infancia zaragozana, de las que se hicieron novios mientras paseaban por la calle Alfonso después de haber oído misa en La Seo y tomado un refresco en El Tubo y cuyos nombres grabaron en el tronco de algún árbol de Pinares de Venecia. Deteriorados con el éxodo los anclajes regionales y familiares que sostenían su complicidad con estas

muchachas, espaciaron la correspondencia con ellas hasta cortar su relación.

–Dos promesas que se olvidan –coreaban en la tertulia Víctor, Manolete y Tomásín acompañados a la guitarra por Regino el Bravo– / *dos estrellas que se apagan / dos caminos que se borran / dos amores que se acaban.*

Perder ese amor seguro –pues ellas eran su referencia permanente aunque no las vieran ni trataran– les abrumó de soledad. En las perezosas tardes de domingo en que la patrona de la pensión les exhortaba a pisar el asfalto para desprenderse del pelo de la dehesa, Víctor, Manolete y Tomásín sembraron de borracheras con acento maño los alrededores de la Puerta del Sol. Y hubieran continuado añorando a las paisanas y presumiendo de jotas, migas y adoquines, de no aparecer en su punto de mira unas madrileñas que no eran castizas ni chulas ni modistillas de mantón de Manila y falda de percal planchá, como las protagonistas de chotis y sainetes, pero sí ciudadanas del mundo y con un pronto indomable que encandilaba a las piedras.

Por cosmopolitas y resaladas se comportaban con más desenvoltura que ellos, desacreditados por la aureola de cabezotas que les otorgaba su cuna. Pero Víctor, Manolete y Tomásín subrayaban en la tertulia de los sábados que fueron ellos los que cazaron, guiparon o echaron el guante, el ojo o la zancadilla a sus esposas. Según se estilaba en los años cuarenta, las abordaron en la calle hasta hacerlas reír, solicita-

ron acompañarlas al portal de su casa, con el debido respeto les demandaron una cita, en sucesivos domingos las cortejaron y, ya con la convivencia rodada, en una noche de vagabundeo por las fiestas de los barrios bajos les robaron un beso –o simplemente plantaron su artera boca sobre la boca femenina desprevenida.

En aquellos labios de mujer conmovidos por el roce, Madrid se rendía a la labia aragonesa. Y bajo el cielo sereno de agosto que arañaban los cohetes de las verbenas instaladas junto al aprendiz de río, estos emigrantes, en la euforia del amor correspondido, honraron a su patria chica cantando con la charanga de las Vistillas el coro de repatriados de *Gigantes y cabezudos*:

–Por fin te miro, Ebro famoso, / hoy es más ancho y más hermoso...

Desde entonces, en el Café Mañico de la calle Infantas, en la fiesta de Nuestra Señora del Pilar del 12 de octubre, Regino el Bravo, vestido con el traje regional, interpretaba al solista del coro, y Víctor, Manolete, Tomásín y Gregorio Herrero, a los repatriados de Cuba. Nazario Cárdenas, si no andaba de bolos, cantaba y bailaba una jota de picadillo. Y Chus Aranda regalaba puros de confección nacional a los que actuaban.

Víctor, Manolete y Tomásín pudieron cerrar con ese beso su flirteo con las madrileñas y, según se decía

entonces para liquidar una relación amorosa, si te he visto no me acuerdo. Pero por una mezcla de cariño y cálculo vinculada al proceso de propagación de la especie, sus padres zaragozanos les aconsejaron pasar a mayores y, según se decía cuando las intenciones del pretendiente eran serias o con fin casamentero, entrar en la casa de esas chicas. Y recordaban a propósito la sentencia antañona:

—Nunca os devolváis las arras / ni partidas ni dobladas / quereos hoy más que ayer / pero menos que mañana.

En aquel Régimen de sotanas, castrenses y estraperlistas en el que estos provincianos trataban de infiltrarse, el modo más seguro de adquirir respetabilidad era fundar una familia cristiana. Preparadas para este empeño estaban sus novias madrileñas, que no sólo habían sido aleccionadas en castidad por los curas de su parroquia —contra toques, miradas y pensamientos impuros y en rigurosa defensa del himen—, sino que dominaban a la perfección las tareas del hogar —desde freír un huevo a barrer el piso y fregar los cacharros de la cocina, planchar camisas, hacer las camas, coser un botón y limpiar los mocos a ancianos y bebés.

—Quiero la palangana como los chorros del oro —prescribían sus madres—, que se pueda comer en ella.

Algunas además trabajaban de peinadoras o sabían corte y confección o ponían inyecciones o echaban las cartas de la suerte. Y si bien es cierto que otras, instruidas en los jeroglíficos de Francisco de

Paula Martí y la mecanografía de ojos vendados de Academia Caballero, soñaban convertirse en secretarías o taquimecas de algún millonario para independizarse sentimentalmente del varón dominante, acabaron pasando por el aro cuando Víctor, Manolete y Tomasín, que lejos del circuito verbenero aburrían a las ovejas por la inflexibilidad de su nobleza baturra, se atrevieron a pedir su mano después de haber probado su boca.

Apremiaron las madres a sus hijas madrileñas a aceptar esta proposición de sus galanes aragoneses porque podía ser la última oportunidad de su juventud atolondrada y su belleza precedera antes de quedarse, según el dicho, para vestir santos. Con lo que estas jóvenes, después de dar el sí al elegido de su corazón y comunicar a sus allegados la buena nueva, metieron sus cuatro trastos en un piso alquilado por dos duros y recabaron la bendición eclesiástica y la autorización del juez para aparearse con su esposo legítimo ante dios y los restantes hombres y así reproducir el esquema de felicidad matrimonial de la España alegre y faldicorta patrocinado por los triunfadores de la guerra civil, que expulsaba al varón de casa para agenciarse el sustento y encerraba en ella a la mujer a cuidar de su prole.

—Aun con sífilis y purgaciones, el soltero llega a centenario —pontificaba Chus Aranda en el Café—. Pero si se casa, la espicha antes.

Mediaban los años cuarenta del siglo veinte, concluía la Segunda Guerra Mundial con victoria alia-

da, pronto la bomba atómica arrasaría Hiroshima y en la España de posguerra proseguía la segregación de los perdedores con represalias y hambre. Pero, en el enclave del Mañico, el principal chismorreo entre aquellos aragoneses casados, con niños en camino o ya nacidos, era que Chus Aranda se conservaba celi-be y renuente al matrimonio.

–¡No hay hembra que lo cace! –ensalzaban Víctor, Manolete y Tomásín–. ¡Y mira que están buenas!

Para las damas decentes, Aranda había perdido la reputación en brazos de las lagartas que se disputaban su cuerpo y su cartera. De esa leyenda se valían los contertulios del Mañico para requerirle chistes verdes o, al menos, el estribillo más pegadizo de las revistas musicales que Aranda disfrutaba en la primera fila de butacas en compañía de una mujer vistosa o, como se decía entonces, de bandera.

Ante la súplica de sus paisanos, Aranda engolaba la voz. Y si no había señoras en las mesas del Café que pudieran ofenderse, soltaba alguna perla del último espectáculo estrenado en los teatros del género picante –Albéniz, Alcázar, Calderón, Fuencarral, La Latina o Martín–:

–El hombre cuando se casa / camina hacia el matadero / y la mujer y la suegra / hacen de degolladero.

Y en el colectivo masculino muerto de risa, Víctor decía: «Me mondo», Manolete confesaba: «Me parto», Regino el Bravo corría al retrete gritando: «Me meo» y Tomásín, acostumbrado a chocarrerías pare-

cidas en las funciones de tarde y noche del teatro Alcázar, aseguraba: «Me troncho».

Gregorio Herrero, que a cada picardía de Aranda sacudía los dedos de una mano exclamando «meca-chis diela», fue de los primeros tertulianos en asentarse en Madrid. Eligió la pensión La Roncalesa situada en la calle Infantas, en el segundo piso de los cuatro construidos, y durante la guerra no se movió porque estaba a un tiro de piedra de su oficina y había descartado por inviable el regreso a Zaragoza con los suyos.

Aunque no venía recomendado, le dieron una habitación exterior. No podía imaginar cuando abría el balcón a la calle Infantas y miraba el trozo de acera comprendido entre Libertad y Barbieri, que esa taberna llamada La Chata, frecuentada por la gente del toro, sería el Café Mañico, donde los sábados de posguerra oiría con unos paisanos las jotas de Regino el Bravo. Y tampoco que, antes de que se produjera la transformación del local, una casualidad en el edificio donde se hospedaba le cambiaría la vida.

Mil veces repetiría a propios y extraños lo que sucedió a media mañana de aquel domingo de abril de 1938, cuando las alarmas anunciaron un bombardeo de los nacionales: Gregorio salió de su cuarto, por las escaleras llegó a la calle y con otros vecinos se refugió en el metro de Banco de España. Ya a salvo, al recostarse en una pared se dio cuenta de que retenía

la mano de la hija de su portero, que se le había adherido en aquellos momentos de pánico con la docilidad del inerme.

Se llamaba Modesta Sánchez y era huérfana de madre. Durante el ataque aéreo, hablaron de comida, la obsesión de aquella ciudad de hambrientos. Gregorio le enseñó a cocinar platos típicos baturros y le prometió una caja de melocotones. Y cuando la amenaza de la sirena cesó, Gregorio y Modesta accedieron a la superficie con pesar, porque muy a gusto hubieran permanecido en el sótano charlando, al menos hasta el siguiente bombardeo.

—Mira que vivir tan cerca el uno del otro y no haber coincidido —con enamorado candor se maravillaba Modesta de que Gregorio se alojara dos pisos más arriba del suyo—. Pues menuda carambola.

Gregorio despachaba género y llevaba las cuentas de la droguería La Esencia, situada en Barbieri esquina a San Marcos. Ahí le esperaba Modesta al terminar la jornada laboral, daban una vuelta por las plazas y las calles del barrio y regresaban enseguida, él a cenar y dormir en La Roncalesa y ella a la portería, a echar una mano a su padre.

—¿Por qué no gastas zapatillas, como todo el mundo? —le preguntó Modesta una tarde.

—Porque con botas soy un señor —replicó Gregorio en aquel Madrid de la guerra donde, como se predicó después, los rojos no usaban sombrero.

A medida que su relación se consolidaba, preferían reunirse en la portería a caminar a la ventura. Citarse

en la pensión de Gregorio, aun delante de la patrona, hubiera parecido indecente a los chismosos. En cambio, en la portería de Modesta había trajín de inquilinos o proveedores, y eso daba honorabilidad a los novios, que a la vista de todos jugaban al parchís o al dominó en la mesa redonda del cuarto de estar.

Otras veces, Gregorio y Modesta iban al cine, al programa, casi siempre de risa, que elegía Modesta, y con su padre o con una vecina de edad como *carabinas* de su pureza. Y Gregorio no dejaba de admirarse de la propensión de su novia a llorar en las películas de humor, como si le emocionara que la gente se divirtiese.

Dos años después del episodio que les juntó y ganada la guerra por los que les bombardearon, Gregorio Herrero y Modesta Sánchez se casaron en una capilla de la iglesia de San José de la calle Alcalá. La muerte del padre de Modesta precipitó el enlace, ante la oportunidad que se presentaba a los contrayentes de heredar a la vez vivienda y empleo en la portería de la calle Infantas.

Gregorio no tuvo que mudarse de barrio o de inmueble para pasar de soltero a casado, sino descender del segundo piso de La Roncalesa a la planta baja de la portería por las mismas escaleras que aquel domingo de marzo del bombardeo franquista le acercaron a Modesta. Y como no había dinero para la luna de miel, compartieron en su nidito de amor con los invitados a la boda unas magras con Cariñena y los jugosos melocotones de Calanda.

Días antes posaron para un fotógrafo del paseo de Recoletos. La instantánea no sólo revela a dos novios dispares –la i y el punto– sino antagónicos: Forjado en el pilar de la raza maña como los hombres de una pieza, Gregorio Herrero da idea de un buen chaval, grandote y simplón. Y Modesta Sánchez, la pequeñita agarrada a su robusto brazo, parece hipócrita y sibilina, como si aparentara estar al servicio de lo que es dueña.

Tres años separan esa foto de la correspondiente al bautizo de Modes, la segunda hija del matrimonio de Gregorio y Modesta, de nombre apocopado para distinguirse de su madre. Modesta sonrío con la niña en brazos y Gregorio toma de la mano al primogénito Goyito, que nació veinte meses antes que su hermana. En torno, los contertulios del Café Mañico también sonrían en la foto, pero ya con varios vermús encima, son pesimistas sobre la evolución del amor conyugal:

–Después de la noche de bodas, tu mujer es otra –reiteraron a Gregorio Herrero Víctor, Manolete y Tomasín–. Si era divertida, se vuelve un paño de lágrimas; y si la conociste quejica, es la alegría de la huerta.

–También la que pare se transforma –le prevenía Regino el Bravo, entre jota y jota–. Si antes hablaba por los codos, ahora hay que sacarle las palabras del cuerpo.

En su nuevo estado civil, Gregorio se despidió de la droguería La Esencia para ayudar a su esposa en la portería, lo que suponía, según su entendimiento del oficio, pasar el día en la calle. Vestido con el mono de faena, lo mismo repartía participaciones de lotería o cupones de caridad que supervisaba la descarga de carbón o la cola del racionamiento. En la Ferretería vasco-madrileña adquiría instrumental para las composturas domésticas –tornillos, tuercas, arandelas– y al precio de un chato de vino en Bodegas Madroño, de la Costanilla de los Capuchinos, aprendía de la conversación con los cabales del barrio lo que no estudió en los libros. Sus inquilinos celebraban su versatilidad, porque igual colgaba una lámpara que ajustaba un grifo o comunicaba a los interesados los mensajes transmitidos por los dos o tres teléfonos de la zona. Y renegaban del malhumor de Modesta, que agobiada por las esclavitudes maternales y laborales, era un arsenal de reproches cuando Gregorio llegaba a la portería a la hora de almorzar sin concretar de dónde venía y con la exigencia de que le limpiara las botas.

–Si fueras en zapatillas, como todo el mundo –refunfuñaba Modesta.

–En casa usaría las botas –replicaba Gregorio.

De la mano de Chus Aranda, aterrizó un sábado por la tertulia del Mañico el capitán Aniceto Monterde, que animó a Gregorio a trabajar en el cine. Gregorio salió del Café exaltado y, dando esquinazo a Víctor, Manolete y Tomásín, que iban a tontear

con las coristas del teatro Alcázar, subió por Infantas hasta la calle Hortaleza y por Desengaño entró en Ballesta, donde en el cruce con Puebla, le había anunciado el tunante de Aranda que acababa de abrirse un prostíbulo. Con temor y deseo distinguió a las prostitutas escoltando el edificio de una sola planta, parecido a la caseta de un peón caminero, que se alzaba en un lugar significativo para Gregorio.

De novios, Gregorio y Modesta se comportaban conforme a la educación puritana de su ambiente —o, dicho en su lenguaje, se respetaban, con la esperanza de obtener una gratificación completa en lo que se llamaba la noche de bodas—, y aunque la guerra les incitara a saltarse todos los frenos, no pasaban de las miradas ávidas. Pero una tarde en que no se oían disparos, desde su punto de cita en la droguería La Esencia desembocaron en la plaza de San Gregorio y por las calles de Hernán Cortés y Colón se dirigieron a la Gran Vía por la Corredera Baja, aunque ya barruntaba Gregorio que se desviarían antes. Y en efecto, en el cruce de Ballesta con Puebla, Gregorio arrió a su novia a la tapia del solar donde años después se levantaría el burdel de Aranda y, con la furia del deseo destemplado, clavó su boca en la suya mientras paseaba las manos por su vestido con brusquedad y urgencia.

Gregorio notó que Modesta se sometía a sus indagaciones con la mansedumbre de la fatalidad, sin repelerlo ni alentarle. Cuando se separó de ella para

tomar aliento le pareció que, privada de su apoyo, se tambaleaba, como si se marease. Se acercó a sostenerla, pero ella le apartó y, doblándose por la cintura, vomitó al suelo.

No hubo interrogatorio de folletín ni revelaciones de inclusa. Del brazo de su novio, Modesta recorrió en silencio las calles de Muñoz Torrero, Valverde, San Onofre, Hortaleza e Infantas. Antes que enardecido por el cuerpo fresco y cegador de su novia, Gregorio iba confuso y con la sensación de haberse propasado. Los días siguientes se planteó pedirle perdón, pero no se atrevió a hacerlo ni ella se lo demandó ni comentaron la peripecia, que como algo incómodo se enquistó entre ambos. Y esa desazón resucitaba para Gregorio cuando oía cantar en el Mañico a Regino el Bravo:

—Tus besos no saben bien / hay en ellos algo amargo / y en vez de darme la vida / la vida me están quitando.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2013

© Manuel Longares, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: RODESA - Rotativas de Estella, S.A.
Depósito legal: B. 15926-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-96-4
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5596-6
N.º 27805

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)